



Ilustración, *retrato de Álvaro Restrepo*, Pablo Guzmán Ibarra, estudiante de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia

Álvaro Restrepo: el bailarín alquimista

Claudia Arbeláez Piedrahíta

De contextura ágil pero apacible, este personaje trae a la memoria la figura de un monje zen investido de una milenaria sabiduría que nos recibe siempre con una mirada compasiva, tierna y cálida. Es extraño pero se parece a sí mismo, como si en el trasegar de su existencia hubiera develado el secreto, el justo medio entre lo terrenal y lo espiritual, entre el ser y el hacer. Pero no siempre fue así. Hubo un tiempo en el camino donde todo fue duda, extravió y sin embargo esos instantes también forjaron y consolidaron la esencia del ser que hoy es. Un ser humano que pudo comprender que su obra más importante se encontraba más allá de sí como sujeto, para encontrarse en ese otro que esperaba una oportunidad para ser tocado, para ser transformado.

Álvaro Restrepo nació en Medellín en 1957 y desde que tiene memoria estuvo inconforme con su proceso educativo. A los diez y siete años realizó un viaje por diferentes países europeos en busca de las respuestas que no encontraba en su país y mucho menos dentro de sí mismo. Creía que en el viejo continente podría dilucidar los interrogantes o, tal vez, menguar el terror y la angustia que le producía su existencia. Regresó a Colombia asediado por más preguntas y decidió estudiar filosofía y letras, pero allí tampoco encontró las respuestas que buscaba. Su vida se convirtió en un verdadero campo experimental que lo llevó a acercarse al teatro, a la música y, por fortuna, a la danza.

Fue entonces cuando la tenacidad de Álvaro salió a escena invalidando las más arraigadas teorías de la danza que lo descalificaban a causa de la edad. Contra todo pronóstico recibió una beca en 1981 para estudiar danza contemporánea en Nueva York con Jennifer Muller, Martha Graham, Merce Cunningham y Cho Kyoo-Hyun, entre otros. Estos estudios los complementó con los coreógrafos Remy Charlip, Cho Kyoo-Hyun y Tammar Rogoff. Y para 1986 ya había fundado su propia compañía, Athanor Danza. Álvaro había logrado transmutarse de un ser vacío en un ser cada vez más parecido a sí mismo y por añadidura en uno de los bailarines más prometedores a nivel mundial. La danza era la respuesta.

Desde esta perspectiva se puede entender por qué él como los antiguos griegos sabe que cuerpo y mente son indisolubles, que trabajar uno es influir en la otra. Como dice el mismo Álvaro Restrepo, “el instrumento primigenio del artista, no importa cual sea su lenguaje,

es su propio cuerpo: afinar el instrumento, habitar el instrumento... es el reto de un artista total que no solo ve en el arte la posibilidad de perpetuar su ego, sino que entiende la vida misma como la última y verdadera obra de arte”.

De su carrera como bailarín y coreógrafo internacional se pueden destacar obras como *Rebis* (1987), *Sol Níger* (1989), *Yo, Arbor Gonzalo* (1991), *Raveliana* (1992), *La enfermedad del ángel* (1993), *Ordalía* (1994) y *El país de los ciegos* (1996). Así sucesivamente, el éxito se derramó sobre Álvaro Restrepo. Cada una de sus presentaciones se convertía en un rito sagrado y extático de la que los espectadores salían exultantes. De *Rebis*, por ejemplo, un espectador comentaría: “ese día vi un alma danzando”. Sin embargo, ni el reconocimiento ni la fama lo sedujeron.

En 1993 fue nombrado director de la Academia Superior de Artes de Bogotá (ASAB) e interesado en la profesionalización del programa de danza estableció contacto con Marie France Delieuvin, directora del Centro Nacional de danza Contemporánea (CNDC) de Angers (Francia). El convenio de mutuo intercambio dio origen al proyecto *El Puente*, programa que ha permitido la profesionalización de muchos antiguos alumnos. Pero es realmente en 1997 cuando Restrepo y Delieuvin se comprometen en su obra más osada: *El Colegio del Cuerpo*.

Asentado en el claustro colonial del convento de San Francisco de la ciudad de Cartagena, este colegio crece al compás de la mística de dos soñadores que le han permitido a numerosos niños exorcizar sus fantasmas de violencia, abandono y falta de oportunidades. En el acompañamiento paciente y amoroso de Álvaro y Marie France, se descubren seres como Eduard Martínez (hoy en etapa de profesiona-

lización en la Universidad de Antioquia) cuya experiencia en el colegio cambió radicalmente su vida. Allí aprendió el significado de habitar, de pensar, de escuchar y de sentir su cuerpo, lo que le ha permitido saber lo que quiere y tomar sus propias decisiones.

El Colegio del Cuerpo es una danza que se mueve al ritmo de la vida de numerosos jóvenes cartageneros. Su paso por el claustro los somete al más elaborado proceso de alquimia y purificación, que extrae de ellos el brillo que otros no supieron ver. Por eso este proyecto, más que una utopía es un acto de fe de dos personas que aún se aventuran a creer en los seres humanos.

El museo que nos merecemos

María Paulina Restrepo Castaño

Hace algunas semanas se suscitó cierta polémica por el artículo “Medellín: Al aire libre y puntos de vista en el MAMM” de la artista Gloria Posada, publicado en el periódico *Arteria* núm 5. Este causó impresión en el medio artístico por los términos cáusticos que utiliza la autora para referirse a la actividad del MAMM y la labor que cumple en la ciudad, a tal punto, que se llegó incluso a recursos bastante extravagantes para la difusión de dicho artículo, al parecer con la intención de llamar la atención sobre lo que allí se dice sobre la curaduría de la exposición “Al aire libre. Paisajes de la colección de pintura del Museo Nacional de Colombia”. Sin embargo, más allá de sus motivaciones, este gesto resulta muy revelador respecto a la percepción que se tiene sobre la situación del arte local y cómo se entienden las problemáticas del sector, al ser estas señaladas abiertamente en dicho artículo.

Resulta desalentador ver cómo dentro del mismo medio artístico la atención se desvía hacia juicios ligeros, y por demás inútiles, acerca de la gestión de una persona aislada. Gloria Posada, quizás, se dilata un poco en describir las falencias en las que cae la curaduría que se hizo en esta ocasión, antes de llegar al punto central de la problemática. Hacia el final de su texto, Posada llama la atención sobre la necesidad de abrir un debate en torno a las curadurías, en particular frente a la situación del MAMM, que se encuentra sin curador hace varios años, y finaliza señalando que las curadurías deben ser tomadas con mayor seriedad, lo cual es completamente cierto. Este estado de “orfandad” curatorial en el que, según el artículo, se encuentra el museo degenera en una situación paradójica, como es que la misma persona sea quien apruebe sus propias propuestas curatoriales, que es consecuencia lógica de que el museo haya perdido su norte, que parezca ir a tientas sin tener un objetivo claro.

Lo que se hace actualmente en el museo termina por perderse en el limbo, sin que pueda adherirse a ningún plan de acción definido. Las buenas intenciones y ánimos del museo se han ido desvaneciendo conforme pasa el tiempo, sus aspiraciones de convertirse en un centro cultural para la difusión del arte y la sensibilización del público se han quedado inertes ante nuestros ojos pasivos, y tristemente se convierte en un lugar deshabitado y poco llamativo, un lugar que no congrega a la comunidad ni genera un encuentro suyo con el arte. En la misma edición del periódico *Arteria*, se publica una entrevista a Alvaro Barrios, en la cual habla del Museo de Arte Moderno de Barranquilla, y expresa que el propósito de dicho museo es difundir el arte paradigmático para ampliar los horizontes intelectuales de los artistas jóvenes.

Este propósito se debería aplicar a todos los museos, pues estos no se limitan a ser inertes depositarios de obras de arte, sino que deben cumplir una función pedagógica y divulgativa con la comunidad y los artistas en formación. Así pues, su misión se vuelve absolutamente vital en el desarrollo del arte dentro de una comunidad.

Sin embargo, hay que tener claro que la misión del museo no es un proceso aislado ni unilateral. Nace de una dinámica que se crea de la demanda del medio y de la capacidad de oferta de la institución, lo que permite preguntarse cuál es entonces esa demanda que se está haciendo al MAMM, para que su oferta sea tan pobre. La crisis que parece atravesar el museo no es un problema que surja de una administración, es un problema de indiferencia y omisión por parte de los directamente afectados: el medio artístico.